

Boletín de Antropología Universidad de Antioquia

ISSN: 0120-2510

bolant@antares.udea.edu.co

Universidad de Antioquia

Colombia

Obregón Cardona, Mauricio; Gómez Londoño, Liliana Isabel; Cardona Velásquez, Luis Carlos
Mineros ricos y mineros pobres. Tecnología y cultura material de un contexto minero entre los siglos
XVII y XIX en la cuenca alta de la quebrada Piedras Blancas (Antioquia)

Boletín de Antropología Universidad de Antioquia, vol. 19, núm. 36, 2005, pp. 11-32

Universidad de Antioquia

Medellín, Colombia

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=55703602>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

Mineros ricos y mineros pobres. Tecnología y cultura material de un contexto minero entre los siglos xvii y xix en la cuenca alta de la quebrada Piedras Blancas (Antioquia)

Mauricio Obregón Cardona

Profesor

Departamento de Antropología

Universidad de Antioquia

Dirección electrónica: mapana@hotmail.com

Liliana Isabel Gómez Londoño

Investigadora

Laboratorio de Arqueología CISH

Dirección electrónica: licanela@hotmail.com

Luis Carlos Cardona Velásquez

Investigador

Laboratorio de Arqueología CISH

Dirección electrónica: lcarloscardona@hotmail.com

Resumen. En este artículo presentamos los resultados generales de una intervención arqueológica desarrollada en la cuenca alta de la quebrada Piedras Blancas (Antioquia, Colombia). La información que generamos indica que el contexto corresponde a un espacio de vivienda construido a principios del siglo xvii, vinculado con la minería de aluvión asociada a las elites de la ciudad de Santa Fe de Antioquia. En un segundo momento, hacia la segunda mitad del siglo xix, el contexto fue reocupado por pequeños mineros vinculados con la explotación de los yacimientos auríferos de veta. El análisis de los espacios domésticos y de producción, de la cultura material asociada y de la información proporcionada por las fuentes documentales, nos permite avanzar en la interpretación sobre los significados asociados a las estructuras arquitectónicas y los objetos, y consecuentemente acercarnos a los contextos y actuaciones sociales de sus moradores.

Palabras clave: minería colonial y republicana, cultura material, arqueología histórica.

Abstract. In this article we bring up the general conclusions of an archaeological research developed in the high basin of the Piedras Blancas creek (Antioquia, Colombia). The information generated, indicates that this archaeological context represents, in the beginning, a household area in the first part of the xvii century, related with the gold mining of fluvial sediments by the elite of the Santa Fe de Antioquia city. In the second part of the xix century, this context is reoccupied by minor miners related with the exploitation of gold vein deposits. The analysis of the household and production spaces, the study of the

material culture and the historical information, give us the possibility to advance over the interpretation of the meanings associated with the architectural structures and objects, and let us to be closer of the social context and behavior of their residents.

Keywords: colonial and nineteenth century mining, material culture, historic archaeology.

Obregón Cardona, Mauricio; Gómez Londoño, Liliana Isabel y Cardona Velásquez, Luis Carlos. 2005. "Mineros ricos y mineros pobres. Tecnología y cultura material de un contexto minero entre los siglos xvii y xix en la cuenca alta de la quebrada Piedras Blancas (Antioquia)". En: *Boletín de Antropología Universidad de Antioquia*, Medellín, volumen 19 No. 36, pp. 11-32. Texto recibido: 01/04/2005; aprobación final: 05/06/2005.

Presentación

En este artículo publicamos los resultados centrales de una investigación desarrollada en el altiplano de Santa Elena, en la cuenca alta de la quebrada Piedras Blancas, al Oriente del Valle del Aburrá, en un pequeño valle formado por la confluencia de las quebradas El Rosario, El Molino y El Oro. En este lugar, investigaciones desarrolladas previamente (Botero y Vélez, 1997; Holos-Natura, 2001) habían reseñado un conjunto de vestigios producto de la actividad humana antigua, tales como andenes, muros, plataformas y canales elaborados en tierra y en piedra. Para comprender la espacialidad y funcionalidad de dichos vestigios, la Corporación Autónoma Regional del Centro de Antioquia —CORANTIOQUIA—, financió la intervención de este contexto arqueológico, denominado El Molino (Obregón et al., 2003).

Los resultados de la excavación y de los análisis llevados a cabo en esta investigación nos permiten proponer que el contexto estudiado corresponde a los vestigios de un lugar de vivienda y un entable minero, en el cual es posible diferenciar dos momentos. El primer momento corresponde a la ocupación colonial, iniciándose más o menos en la mitad del siglo xvii, y se encuentra asociado a la explotación de oro de aluvión durante algo más de 100 años. Al agotarse los placeres aluviales, el lugar fue abandonado y reocupado durante la República, posiblemente hacia las primeras décadas del siglo xix. En su segunda ocupación la vivienda fue modificada para dar inicio a la explotación de oro de veta empleando tecnologías novedosas, tales como el molino de pisones. Aquí analizamos la configuración espacial del contexto, sus transformaciones en el tiempo y la cultura material que contiene. A partir de las relaciones entre estos elementos y de los datos aportados por las fuentes documentales, construimos una interpretación sobre las actividades económicas desarrolladas y sobre el estatus social de sus habitantes.

Mineros ricos: un contexto de vivienda y producción aurífera del siglo xvii

La vivienda

El Molino corresponde a un contexto de vivienda y de producción minera que se construyó hacia comienzos del siglo xvii. Está integrado básicamente por un muro de contención en piedra (véase figura 1), un relleno de tierra y un banqueo sobre ladera, los cuales configuran de manera articulada una amplia plataforma sobre la que se construyó una estructura de vivienda en tapia, con planta rectangular. En la vivienda se diferencian claramente tres espacios, cubiertos muy probablemente con un techo a dos aguas en tejas de barro. Para acceder a la plataforma existe una entrada escalonada, elaborada en piedra, que conduce al frente de la vivienda, en el cual fue posible identificar el espacio correspondiente a la puerta de acceso al interior de la construcción. Adicionalmente, reseñamos la existencia de un corredor interno en tierra y otro perimetral empedrado que cubre el frente, la parte trasera y el sector oeste de la casa (véase figura 2). El corredor fue construido utilizando cantos angulares de cuarzo blanco; en la parte frontal identificamos figuras geométricas consistentes en triángulos continuos en bajorrelieve (véase figura 3).



Figura 1. Muro de contención y plataforma

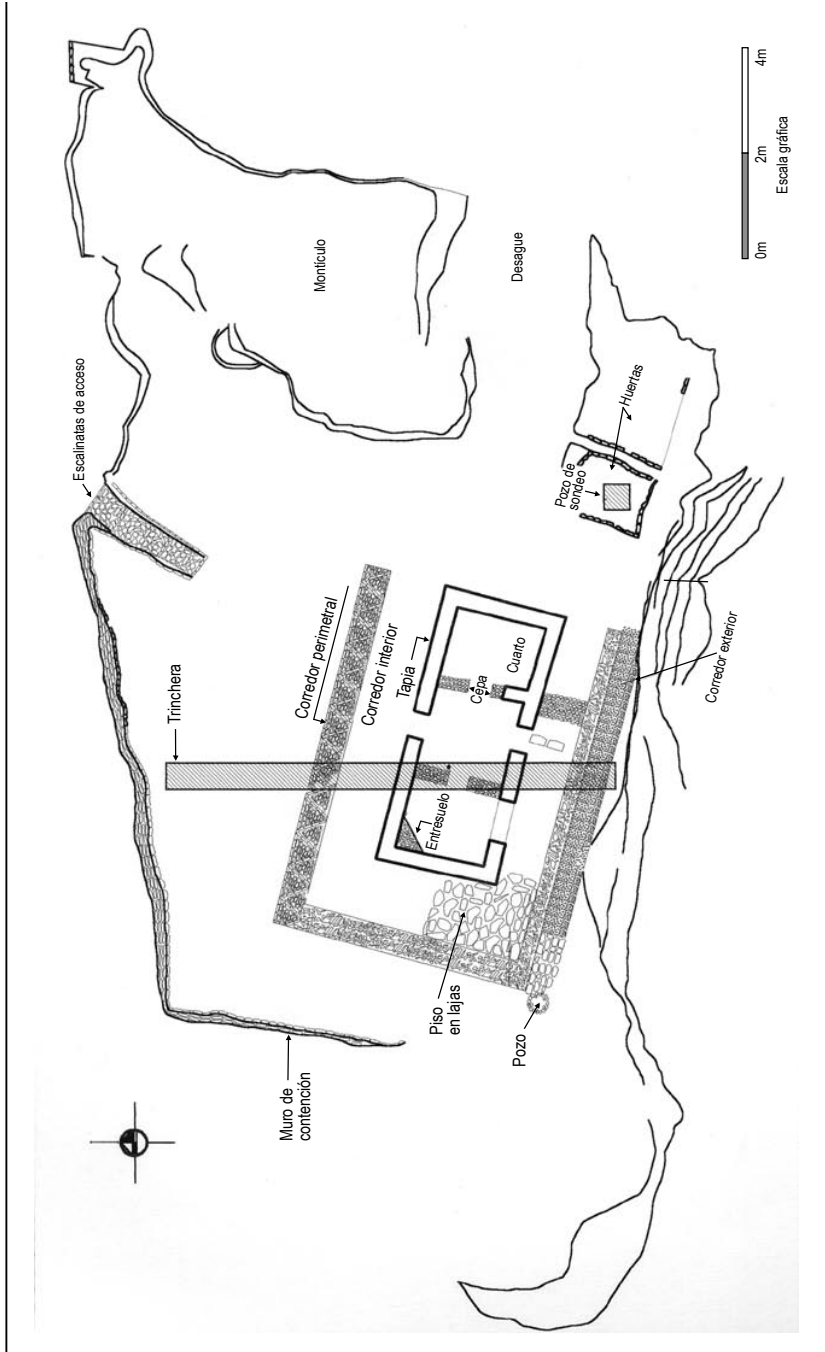


Figura 2. Planta de vivienda ocupación colonial

La datación para el momento de construcción inicial de esta estructura doméstica se obtuvo mediante una fecha radiocarbónica (340 ± 60 BP Beta 172857) tomada de la excavación de una huerta o jardín que se encuentra hacia el costado este de la plataforma. Las muestras de carbón se obtuvieron del estrato que marca el inicio de un suelo negro generado antrópicamente, el cual se superpone de manera estratigráfica sobre el perfil de suelo residual que se encontraba expuesto como resultado de la construcción del banqueo realizado por los mineros coloniales. Identificamos también en el extremo oeste de la plataforma un conjunto de elementos constructivos que nos permiten inferir la importancia de esta área. Se trata de un patio empedrado con grandes lascas de piedra y una acequia que conducía el agua hasta la parte posterior de la vivienda donde se encuentra un pozo circular elaborado también en piedra (véase figura 2).

Consideramos que el hecho de encontrar, para las primeras décadas del siglo XVII, una construcción rural en tapia con techo de teja, una amplia plataforma con muro de contención en piedra y corredores empedrados con cuarzo *blanco*, se constituye en un claro marcador social del estatus de sus propietarios. Las referencias documentales al respecto del alto valor de este tipo de bienes y su relativa escasez en los inventarios o censos apoyan nuestra interpretación de éstos como símbolos de prestigio.¹ Por otro lado, las fuentes documentales consultadas indican con claridad que la presencia de pobladores “prestantes” del Valle del Aburrá en el altiplano de Santa Elena, Guarne y Rionegro, estaba directamente relacionada con la explotación de minas de aluvión y fuentes salinas que se beneficiaban a partir del trabajo de



Figura 3. Detalle empedrado corredor frontal

¹ Guarín, 1998: 40; Rodríguez, 1992.

cuadrillas de esclavos.² En la información consultada encontramos referencias claras de que propietarios de casas en tapia con techo de teja son también poseedores de esclavos: “[...] Don Joaquín Álvarez, quien poseía casa de teja, tierras de monte y loma, las cuales trabajaba con esclavos y jornaleros; tenía allí mismo dos derechos de tierra y un trapiche, dos fondos y una casa en paja, un derecho de tierra en Santa Fe de Antioquia, 52 reses, 11 caballos, 6 ovejas, 14 cerdos y un capital de 4.300 pesos” (Guarín, 1998: 40). No sería entonces incoherente pensar que los vestigios del contexto de vivienda y producción intervenido corresponden a una propiedad rural de un personaje acaudalado, tal vez blanco o mestizo, quien posiblemente residía en el Valle del Aburrá o en la ciudad de Santa Fe de Antioquia, desde donde se desplazaba por temporadas hasta su propiedad en la cuenca de la quebrada El Rosario. Allí había construido una vivienda propia de su nivel social y con la magnitud del entable minero proyectado. Desde esta vivienda supervisaba y administraba directamente, o a través de intermediarios, la explotación que los esclavos realizaban sobre los aluviones de la cuenca.

La revisión de las fuentes documentales señala, para la primera mitad del siglo XVII, una primera fase de la explotación minera en la cuenca de la quebrada Piedras Blancas y en otros sectores de Antioquia (altiplano de los Osos) vinculada a la presencia de mineros ricos que buscaron nuevas fuentes auríferas en respuesta a la crisis generada por el agotamiento de las minas cercanas a la ciudad de Santa Fe de Antioquia (minas de Buriticá). El estatus socioeconómico elevado de dichos mineros se sustenta en las fuentes documentales, pues éstas indican que buena parte de ellos estaban vinculados con la administración colonial; entre ellos se destacan localmente nombres como don Diego Álvarez del Pino y don Juan Mateo Cano (1627); don Juan García Ordaz y Mancilla, Alcalde menor de la ciudad de Antioquia y teniente del Gobernador; el capitán don Fernando del Toro Zapata (1639) y don Diego Beltrán del Castillo (1641), Alcalde de la Santa Hermandad y depositario general, estos dos, yernos de don Juan García Ordaz; Juan García Ordaz y Figueroa, hijo de Juan García Ordaz y Mancilla, quien estaba casado a su vez con doña Faustina Cipriana de Burgos, hija de un acaudalado criador de reses y cerdos, Agustín Burgos Antolines, quien tenía una importante estancia para la cría de ganado en el sector de Guarne. Estaban también doña Ana María del Toro Zapata (1684), don Rodrigo García Hidalgo, don Felipe de Herrera y el capitán de milicias don Mateo Benítez Colmenero, quien fuera además uno de los “beneméritos” fundadores de la ciudad de Medellín.³

2 AGN. Sección: Colonia. Fondo: Minas de Antioquia. Rollo 12. Tomo 8. F. 202r. AHA. Mortuorias. Tomo 289. Doc. 5842. Jiménez, 2002; Jaramillo, 2000: 20 y 42; Castro, 1999.

3 Jiménez, 2004; AGN. Sección: Colonia. Fondo: Minas de Antioquia. Rollo 12. Tomo 8. F. 202r. AHA. Mortuorias. Tomo 223. Doc. 5196. F. 5196. AHA. Minas. Tomo 352. Doc. 6629. F. 136r-136v. AHA. Mortuorias. Tomo 289. Doc. 5842. AHA. Minas de Antioquia. Tomo 1. Doc. 258. AHJM. Caja 203. Doc. 3917. F. 5r-6r. AHA. Minas. Tomo 354. Doc. 6661. F. 186r.

Tal como lo señala Jiménez (2004), gran parte de estos acaudalados mineros había tenido sus propiedades “en los distritos auríferos de Guamocó, Cáceres, Zaragoza y Remedios, pero dado el advenimiento de la crisis minera (que se hizo más notoria en la década de los 30, 40 y 50 del siglo xvii), tuvieron que llevar a cabo exploraciones y trasladar sus cuadrillas a los pocos sectores en los que se encontró oro de aluvión” (Ibíd.: 2). De esta forma, en Piedras Blancas y en el Altiplano de Rionegro, el ya mencionado don Fernando del Toro Zapata —nacido en Remedios en 1595, tesorero de la real hacienda, alguacil mayor y teniente del Gobernador—, antes de concluir la primera mitad del siglo xvii explotaba con más de 500 negros “los reales de minas de las quebradas La Honda, La Mosca, Piedras Blancas y Ovejas”. Específicamente en la quebrada Piedras Blancas, don Fernando del Toro tenía registrado, en 1639, un “salto” localizado por encima de las labores de minas anteriormente trabajadas por las cuadrillas de su difunto suegro, además de otro “salto” localizado aguas abajo de las labores de minas de su concuñado don Diego Beltrán del Castillo.⁴

La cultura material

En las excavaciones recuperamos fragmentos de recipientes cerámicos asociados a esta temporalidad, los cuales presentan características específicas tales como la ausencia de núcleos de cocción, la sinuosidad de las superficies, la dureza y los colores oscuros de las pastas, y corresponden a recipientes en forma de olla con bordes directos e irregulares, sin ninguna decoración. Una característica que resalta en este conjunto cerámico, recuperado mayoritariamente en el sector suroeste de la plataforma (alrededor del piso en lasjas y el pozo; véase figura 2), es la presencia de gruesas capas de hollín, tanto en las superficies internas como en las externas, de los recipientes cerámicos. A partir de las características anteriormente señaladas, proponemos la función culinaria que debieron tener estos recipientes en el espacio doméstico: se trata claramente de vasijas elaboradas para la cocción de alimentos. Al respecto, queremos llamar la atención sobre el hecho de que no recuperamos evidencias de recipientes vidriados, asociados a las acciones de servir y contener alimentos. Para otros contextos coloniales representativos de las elites en Colombia, parece bastante frecuente que una parte importante de los recipientes de servicio correspondan a objetos elaborados en cerámica vidriada europea o novohispana, denominada comúnmente “mayólica”. Cerámica mayólica, utilizada para el servicio doméstico, ha sido reportada en la costa Atlántica (Convento de Santo Domingo, Casa Torresar, Convento de San Pedro Claver, y Casa de la Tablada, entre otros) y en Bogotá (Museo Quinta de Bolívar, Iglesia de la Candelaria, Catedral de Bogotá y Casa de los Comuneros) en residencias y espacios asociados con frecuencia a las

4 AHN. Minas de Antioquia. Tomo 8. Rollo 12.

elites civiles y eclesiásticas en esos importantes centros administrativos coloniales (Therrien et al., 2002: 19).

A nuestro juicio resulta bastante claro que en el noroccidente del país, durante la Colonia, la presencia de cerámica vidriada como referente material de las elites estuvo restringida a los espacios localizados en los centros regionales, y por tanto estuvo ausente en los espacios rurales o periféricos, igualmente vinculados a ese grupo social. Esta situación resulta coherente, en términos generales, con la distribución registrada para este tipo de materiales en la región, pues en ninguna de las investigaciones desarrolladas en el altiplano de Santa Elena (Obregón et al., 2003 y 2004) o en otros contextos periféricos coloniales intervenidos en el Valle del Aburrá se ha reportado la presencia de recipientes vidriados. Encontramos que la distribución de este tipo de recipientes se circunscribe a las residencias principales de las elites en el centro administrativo localizado en la ciudad de Santa Fe de Antioquia: investigaciones recientes desarrolladas por nuestro equipo de trabajo en esa antigua capital de la provincia revelaron la existencia de cerámica vidriada (verde, amarilla y blanca) importada de Europa y de otros lugares de América, con cronologías que van desde el siglo XV al XVII (véase figura 4). Los recipientes de servicio vidriados los encontramos asociados a una construcción muy importante: se trata de una amplia vivienda urbana, localizada contigua al costado sur de la iglesia, en la plaza principal de la ciudad de Santa Fe de Antioquia. Desde finales del siglo XVIII, esta vivienda



Figura 4. Cerámica vidriada Casa de la Contaduría (Santa Fe de Antioquia)

perteneció a la familia Martínez Ferreiro, quien tuvo a su cargo la “contaduría” de la ciudad de Santa Fe hasta la guerra de independencia (Obregón et al., 2004).

No obstante, en lugar de la cerámica vidriada registramos, en El Molino, un tipo de cerámica que podría ser su equivalente en términos de su uso. Se trata de algunos pocos fragmentos de recipientes pequeños, con pastas claras (amarillo-rojizas) compactas y finas, cuyas superficies se encuentran recubiertas por un engobe rojo en ambas caras. En estos recipientes no se observan restos de hollín. Es muy probable que este conjunto de recipientes cerámicos haya sido utilizado para servir los alimentos en lugar de los recipientes vidriados utilizados por la elite en sus residencias ubicadas en la capital de la provincia. Ambos conjuntos cerámicos, tanto los que fueron empleados para la cocción de alimentos como los que posiblemente cumplían una función relacionada con el servicio, presentan algunas similitudes tecnológicas y estilísticas con la producción cerámica prehispánica correspondiente al periodo denominado “tardío” para el departamento de Antioquia. Algunas formas de recipientes (ollas globulares) y bordes (directos, irregulares), la relativa escasez de decoraciones y un tratamiento poco cuidadoso de las superficies son algunos de los rasgos que posiblemente testimonian una cierta continuidad en las formas de producción cerámica anteriores y posteriores a la llegada de los españoles. Lo más probable es que los agentes que permitieron esta continuidad hayan sido los indígenas y negros esclavos, quienes, al servicio de sus amos, produjeron buena parte de la cultura material doméstica colonial sobre la base de tradiciones locales milenarias.

Minería de aluvión: modificaciones en el paisaje y fuentes documentales

A lo largo de las quebradas que confluyen en El Molino, y desde allí hasta la desembocadura de la quebrada El Rosario en la Piedras Blancas, es posible observar un aprovechamiento específico de los sedimentos auríferos activos presentes en los lechos de las quebradas, para lo cual la dotación técnica requerida no iba mucho más allá de la tenencia de una batea y el desarrollo ocasional de algunas adecuaciones básicas en los cauces y en las riberas de las quebradas. De hecho, para lavar las arenas auríferas de los lechos poco profundos sólo era necesario retirar de ellos las rocas más gruesas, de tal manera que en los sectores estrechos de los valles podían configurarse muros en piedra con las rocas extraídas, y tras de ellos se iban acumulando los materiales más gruesos a manera de cargueros, así como las arenas ya lavadas que eran arrojadas fuera del cauce. Todos estos tipos de alteraciones —muros, cargueros y cárcavas— fueron identificados en los cauces y áreas cercanas a la vivienda de El Molino.

En las fuentes documentales encontramos que la minería en los depósitos aluviales auríferos, en el altiplano oriental, se inició tempranamente desde finales del siglo XVI, tal como lo señalan las adjudicaciones de tierras para minas y estancias que recibió, entre otros españoles, el muy nombrado don Gaspar de Rodas; sin

embargo, no fue sino desde las primeras décadas del siglo xvii que arraigó en la zona una dinámica de explotación minera de carácter regional. La información que consultamos indica que los núcleos urbanos del Valle del Aburrá, que poco a poco se consolidaban hasta lograr su reconocimiento como “Villa” hacia el último cuarto del siglo xvii, estuvieron estrechamente vinculados con la dinámica de poblamiento del altiplano oriental, sirviendo como asiento de buena parte de los propietarios de las minas que allí se explotaban y como lugar desde donde se proveía a las cuadrillas mineras con los bastimentos necesarios.⁵

Si bien, como ya se mencionó, la información consultada en las fuentes primarias nos indica que personajes prestantes correspondientes a las elites asentadas en el Valle del Aburrá estuvieron vinculados a explotaciones de los depósitos aluviales en toda la cuenca de la quebrada Piedras Blancas durante los siglos xvii y xviii, mediante presencia de cuadrillas de esclavos,⁶ es importante tener en cuenta que, simultáneamente a esta presencia minera oficial, es posible rastrear en la zona, de manera indirecta, la existencia de pequeños mineros pobres llamados “mazamorreros”. Aunque este tipo de mineros resulta muy poco visible a través de los documentos consultados —trabajaban sin mediar denuncias o declaratorias formales ante las autoridades— planteamos, sin embargo, que estuvieron presentes de manera activa en la cuenca alta de la quebrada Piedras Blancas. Su condición de pobres la sustentamos en el hecho de que estaban integrados por mestizos, mulatos, blancos sin recursos económicos y negros libertos, e incluso por esclavos que dedicaban su tiempo libre al aprovechamiento de los sedimentos auríferos activos, presentes en los lechos de las quebradas de la zona. Durante el siglo xviii, el crecimiento demográfico de estos sectores de la población en el Valle del Aburrá, las escasas oportunidades que representaban para los pobres otros renglones de la economía tales como la agricultura, la ganadería o el comercio, y la posibilidad de evadir los impuestos al usar directamente el oro en polvo como medio de pago y así obtener beneficios adicionales, hizo que este tipo de actividad minera se popularizara bastante en algunas regiones.⁷

En cuanto a las minas registradas, es posible que sectores de la población emergentes, ajenos a las elites tradicionales, hayan llegado a formalizar ante la ley sus explotaciones mineras. Tal vez no sea casual que de los 14 nombres relacionados en los denuncios de minas registrados en esta investigación, para la segunda mitad del siglo xviii, sólo cuatro nombres incluyan el famoso apelativo de “Don” —don José López de Mesa, don Antonio Molina, don Juan de Ochoa (1780) y el doctor don Carlos de Molina (1787)—, mientras que los diez restantes aparecen con su

5 AHA. Mortuorias. Tomo 223. Doc. 5196. F. 5196. AHA. Minas. Tomo 352. Doc. 6629. F. 136r-136v.

6 AGN. Sección: Colonia. Fondo: Minas de Antioquia. Rollo 12. Tomo 8. F. 202r. AHA. Mortuorias. Tomo 289. Doc. 5842.

7 Jiménez, 2002.

nombre a secas: José López (1780), Miguel Beltrán (1787), Juan Crisóstomo Puche (1786), José Manuel Gutiérrez (1787), Francisco José de Ossa (1787), Juan Ignacio Montoya (1789), Juan Antonio Henao, José Miguel Trujillo (1791), José Miguel Trujillo (1797) y Francisco José Ramos (1792). Consideramos que el apelativo de “Don” fue utilizado y mantenido por las elites locales para señalar un vínculo directo con los inmigrantes ibéricos que a comienzos de la colonia se constituyeron como la fracción dominante de la sociedad antioqueña. De otro lado, la presencia de mineros pobres a finales del siglo XVIII se hace evidente en el primer censo de mazamorreros registrado en la ciudad de Medellín (1780-1786) (Patiño citado en Jiménez, 2004: 7), en el cual tenemos que de los “30 vecinos que trabajan en minerales ubicados en los términos de la villa”, 26 lo hacían en la cuenca de la quebrada Piedras Blancas, así: 8 sobre la cuenca principal, 7 en la quebrada Matasano, 7 en la quebrada La Gurupera y 4 en la quebrada El Rosario. Ya desde comienzos del siglo XVIII son visibles los conflictos entre grandes propietarios y mazamorreros, tal como se testimonia en una solicitud ante el cabildo en el año 1726, en la que se pide “se arrojen de las minas de la quebrada Piedras Blancas y de las salinas de D.ⁿ Pedro del Mazo, los libres q. allí habitan sin licencia de sus dueños p.^r los daños q. expresan padecen” (AHA, Colonia. Tomo 6. F. 147 r., citado en Jiménez, 2004: 6).

Mineros “pobres”: vetas auríferas y reocupación de la vivienda durante la segunda mitad del siglo XIX

De acuerdo con los análisis realizados sobre las diversas unidades constructivas que configuran El Molino, identificamos notables superposiciones arquitectónicas, adiciones en muros y corredores, rellenos y readecuaciones en los pisos, así como cambios significativos en los materiales constructivos (específicamente en las tejas) y en la cultura material. Consideramos que estas evidencias físicas son el producto de las transformaciones llevadas a cabo en este lugar durante una nueva ocupación, iniciada hacia la segunda mitad del siglo XIX.

La vivienda

Interpretamos como inicio del segundo momento de ocupación las intervenciones realizadas sobre la estructura original que llevaron a modificar notablemente la construcción colonial. Entre las adecuaciones realizadas se encuentra el cerramiento total y parcial de los corredores sur y norte, respectivamente, mediante la prolongación de tres de sus cuatro extremos (véase figura 5). Esto que generó nuevos espacios, protegidos de la lluvia y de la circulación de los vientos, que pudieron ser incorporados a la dinámica de la vida doméstica como áreas sociales o de trabajo. Estas áreas ganadas sobre los corredores pudieron ser delimitadas además con algún tipo de cerramiento ligero, tal como paredes de madera o de bahareque, lo que posiblemente permitió que pudieran funcionar como habitaciones o depósitos de materiales o herramientas. En

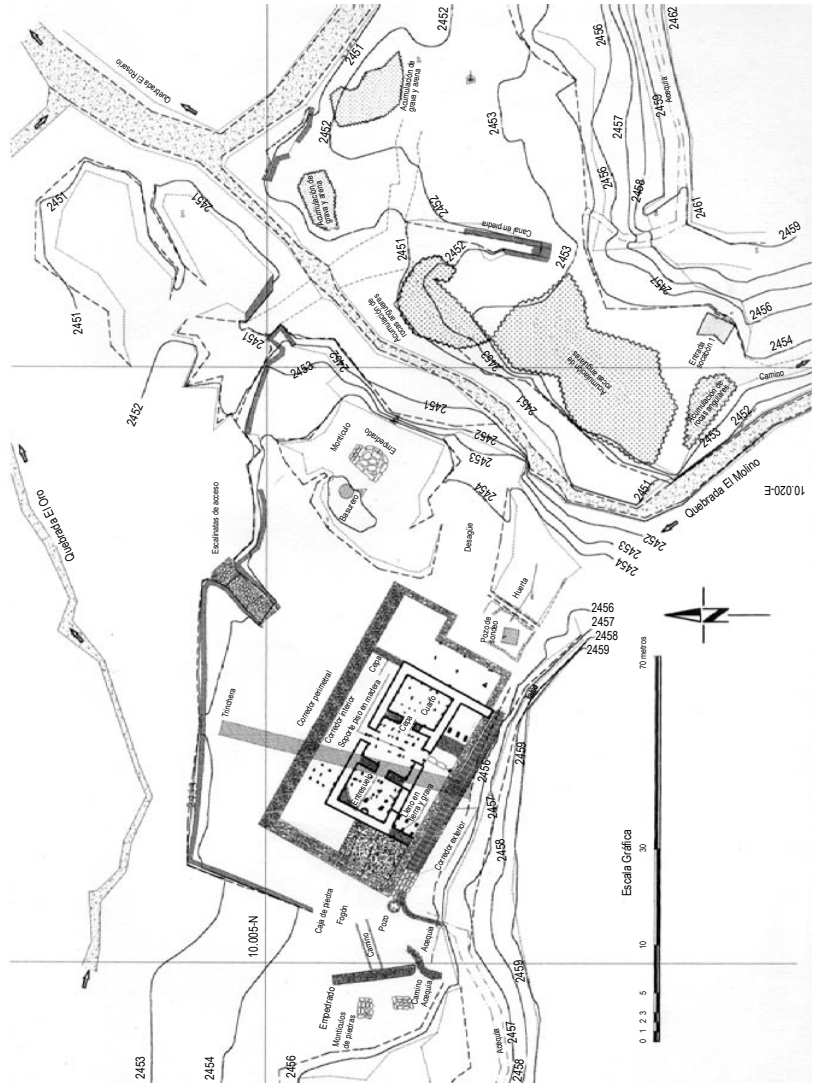


Figura 5. Planta de la vivienda ocupación republicana

algunas fuentes secundarias consultadas (Saldarriaga y Fonseca, 1984) encontramos claras referencias sobre la adición de muros y el cerramiento de los corredores como algunas de las modificaciones más frecuentes, operadas sobre las estructuras rurales en tapia durante la Colonia y temporalidades posteriores.

Otro cambio importante que sufrió la vivienda fue la cobertura del antiguo piso colonial, en tierra, con una nueva superficie en madera. Vestigios de este cambio se pueden observar claramente en el interior de la vivienda y en los corredores internos norte, este y sur. Aunque no se encontraron restos de la madera del piso, sí fue posible la identificación de grandes conjuntos de rocas, formando hileras paralelas con una orientación sur-norte; estas rocas alineadas sirvieron de base para el piso de madera (véase figura 5). Sistemas similares de apoyos para pisos en tabla, compuestos por rocas alineadas, se registran con frecuencia en viviendas antiguas, aún en pie en la cuenca de la quebrada Piedras Blancas.

Identificamos la construcción de un nuevo tramo de corredor perimetral empedrado en el sector este, el cual contrasta con el resto de esta estructura porque está hecho de trozos de roca metamórfica y no de cuarzos lechosos como el resto de los corredores. Este tramo adicionado presenta un saliente rectangular hacia el costado norte, generando un espacio en forma de “L” (véase figura 5), lo que también contrasta con el trazo rectilíneo simple observado en los otros costados de la casa. Asimismo, en el patio adosado al cuerpo de la vivienda en el costado suroeste, el piso original en lajas de piedra fue cubierto con una capa apisonada de gravas y de suelo residual sobre la que se levantaron las nuevas bases para un fogón (véase figura 5).

Registramos un cambio en el tipo de teja con el que fue elaborado el nuevo techo de la vivienda. Este cambio de materiales nos proporcionó la clave para identificar un periodo de abandono entre los dos momentos de ocupación del lugar. Bajo una prolongación de la tapia en el costado sureste, que se superpone sobre el corredor perimetral sur, registramos algunos fragmentos de teja con características tecnológicas muy particulares. Este mismo tipo de teja se encuentra bajo las hileras de piedras dispuestas como base para el piso en tabla y también están incluidas en el material de relleno con que los constructores republicanos elevaron el nivel del piso en el costado suroeste. Luego de los análisis realizados pudimos constatar que estas tejas corresponden a un tipo notablemente burdo, el cual se caracteriza especialmente por una deficiente limpieza y amasado de las materias primas y por una cocción a bajas temperaturas. Este tipo burdo de teja contrasta con otro tipo de teja recuperado, mucho más abundante, que presenta pastas bastante homogéneas y mejores cocciones. La tecnología sencilla de las tejas burdas, su menor cantidad y su posición estratigráfica constituyen, a nuestro juicio, un claro indicio de su relación con la primera ocupación del contexto, iniciada en el siglo XVII. Si consideramos detenidamente que algunos fragmentos de la teja burda se encuentran cubiertos por ciertos elementos constructivos correspondientes a modificaciones de la estructura de la vivienda original, podríamos suponer que, antes de que las readecuaciones con

las que se inició el segundo momento de ocupación se llevaran a cabo, la vivienda pudo tener un periodo de abandono lo suficientemente grande como para que el techo se deteriorara, destruyéndose parcial o totalmente. En este orden de ideas, dicho abandono pudo haber generado un rápido deterioro de la construcción con caída de algunos fragmentos de tejas rotas, algunos de los cuales se incorporaron al suelo como basuras para luego quedar sepultados por las obras construidas durante la readecuación de la vivienda.

También queremos subrayar que las modificaciones arquitectónicas provocaron efectos claros y coherentes en la reconfiguración de los espacios internos de la vivienda y en sus relaciones con el exterior. Consideramos que tales efectos estuvieron conscientemente vinculados con las intenciones y los intereses de los mineros que protagonizaron la reocupación de la vivienda hacia la segunda mitad del siglo XIX. De esta forma, el corredor cubierto del sector este configura un “nuevo” espacio, relativamente independiente de la vivienda pero adosado a ella, el cual para los inicios de la segunda ocupación estuvo muy posiblemente vinculado con las actividades de minería de veta (molino y socavones) que se desarrollaron contiguamente en el sector localizado al este de la vivienda, en el interfluvio de las quebradas El Molino y El Rosario (véase figura 5). Vale la pena tener en cuenta que desde este corredor se tiene cierto control visual de una parte considerable de este conjunto de elementos que configuran las explotaciones mineras de veta.

La cultura material

Utilizamos los elementos de la cultura material recuperados en tres sentidos complementarios: como referentes para el establecimiento de cronologías relativas, como índices para caracterizar funcionalmente los espacios de la construcción y como portadores de significados sociales a propósito de los roles desempeñados por sus propietarios.

Para el segundo momento de ocupación de la vivienda recuperamos partes de tazas y platos manufacturados en loza, pocillos y platos en porcelana, copas de cristal, recipientes de vidrio y cucharas en aleaciones de cobre. El análisis realizado sobre los fragmentos de loza nos permitió separarlos en dos grupos con base en atributos estilísticos y tecnológicos tales como el tipo de decoración y el color de la pasta, su grado de consolidación y su textura. En este sentido, proponemos que los fragmentos con pastas muy blancas y consolidadas, que presentan textura sacaroidal y que tienen diseños lineales o superficies completamente blancas, pertenecen a una producción foránea, francesa (Sarraguenmines, elaborada en 1880) e inglesa (Wood & Son, elaborada hacia finales del siglo XIX) (véase figura 6). Fue posible comparar estos fragmentos de loza con algunas muestras recuperadas en otras investigaciones, las cuales presentan sellos de estas fábricas europeas y se encuentran en las colecciones de Referencia Arqueológica del Museo de la Universidad de Antioquia. El segundo conjunto de lozas presenta pastas amarillentas con algunas impurezas, menos

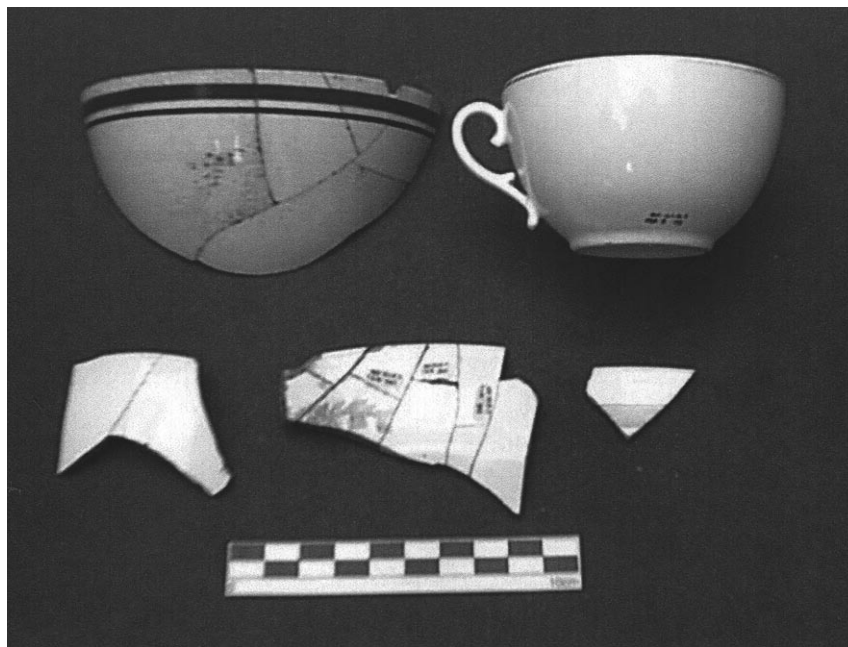


Figura 6. Fragmentos de loza importada

consolidadas que el grupo anterior y con una textura tizosa. Proponemos entonces que este conjunto de lozas pertenece a una producción local que trata de imitar las producciones europeas (en tal sentido, Therrien et al. (2002) reseñan el problema que debieron enfrentar las producciones locales al contar con una materia prima de menor calidad que no lograba igualar la pureza de la empleada para la fabricación de la loza europea). Reforzando esto, contamos con datos que nos hablan de la producción nacional de loza desde el siglo XIX, específicamente desde 1840 en Bogotá y desde 1882 en el municipio de Caldas (Antioquia).

Respecto a la porcelana parece claro que la producción manufacturada en China era de difícil adquisición, incluso para la población europea (Therrien et al., 2002). Por tal razón los ingleses decidieron experimentar con la producción de porcelana, que fue denominada “porcelana de pasta blanda” ya que nunca igualó las características de la producción china. Lo más probable es que la porcelana recuperada en El Molino sea parte de la producción europea; la idea es coherente con la intensidad, para esta época, del comercio trasatlántico de los ingleses con las antiguas colonias españolas. Por otro lado, y con respecto a la presencia de cristal en El Molino, proponemos que se trata de igual forma de un producto foráneo, ya

que no contamos con información acerca de la producción de cristal en el ámbito nacional para la época en que fue habitado El Molino (véase figura 7).

A propósito de los utensilios de servicio elaborados en metal, la información etnográfica recolectada nos indica lo escasos que eran aun a mediados del siglo xx. Con respecto a las cucharas, específicamente, las fuentes consultadas nos señalan que, todavía en la primera mitad del siglo xx, la mayor parte de la población local en la cuenca alta de la quebrada Piedras Blancas utilizaba cucharas en madera y platos en el mismo material. Esto resalta el carácter suntuario y los significados sociales, asociados al prestigio, que debieron ponerse en juego con la utilización de cucharas metálicas (véase figura 8) en la casa de El Molino.

También reseñamos el hallazgo de un pomo en porcelana importada, correspondiente posiblemente al agarre o manija de un tipo de mueble con múltiples cajones o compartimentos denominado bargueña, que aparece asociado a familias adineradas que lo utilizaban junto con otro tipo de muebles como joyeros, librerías y estantes. Jaramillo (1994), en un texto denominado “Objetos y Cultura de la Villa de Medellín 1750-1800”, considera este tipo de muebles como muy característicos de familias que ostentan su estatus social.

Minería de veta: Modificaciones en el paisaje y fuentes documentales

Como ya lo habíamos mencionado, los cambios realizados en la vivienda a finales del siglo xix privilegian el costado este de la plataforma, enfrente del cual se loca-



Figura 7. Copa de cristal

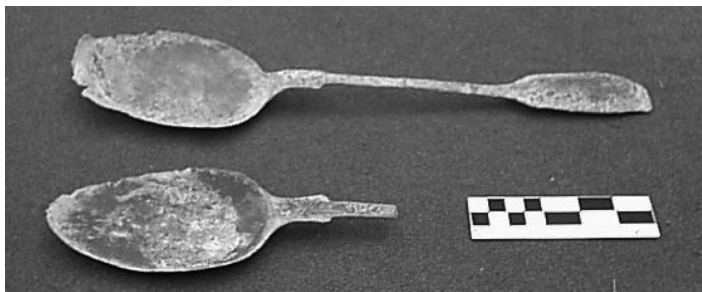


Figura 8. Cucharas en metal

lizan de manera puntual y concentrada los vestigios de lo que constituyó un entable para la explotación de los depósitos vetiformes. Según el registro, los vestigios del entable minero de veta corresponden globalmente a tres socavones excavados en la roca metamórfica fresca, sobre el pie de colina de la margen este de la quebrada El Molino; tres cargueros o montículos de cantos medianos angulares de este tipo de roca (véase figura 5), producto de la excavación de los socavones; un cárcamo o “canal en piedra” sobre el que posiblemente se apoyaba una rueda pelton en madera, que accionaba un molino de pisones; una acequia a media ladera que conducía el agua desde la bocatoma en la quebrada El Rosario hasta la rueda pelton (véase figura 9); dos cargueros o acumulaciones de arenas finas producto del triturado de los pisones sobre los minerales de la veta (véase figura 5) y, finalmente, un área plana parcialmente banqueada, donde debió localizarse el mecanismo de los pisones junto con los cajones para el lavado de los materiales triturados y la “cortada” del oro.

De los socavones localizados hacia el sureste, dos se encuentran colapsados en su acceso por derrumbes y por basuras arrojadas por la población contemporánea. Accedimos a un tercer socavón que corresponde a una excavación manual en la roca metamórfica fresca, que posee paredes rectas, techo abovedado y piso plano, sobre el que se encontraron restos del filón cuarcífero explotado. Los análisis mineralógicos realizados sobre las muestras extraídas de los restos del filón nos revelaron la presencia de oro y de plata en él. Aunque no fue posible calcular con precisión la magnitud de la explotación debido al derrumbe de dos de los socavones, las mediciones realizadas en uno de ellos sí permiten formarnos una idea aproximada de ella. Sólo reconocimos el tramo inicial del socavón despejado, equivalente a unos 50 m, pero la excavación continuaba en una longitud que no fue posible definir. El buzamiento, es decir, la orientación del filón cuarcífero en este socavón, permitió relacionarlo con otro socavón vecino colapsado; es decir, ambas excavaciones explotaron la misma veta cuarcífera.

Por lo anterior, y teniendo en cuenta los volúmenes aproximados de los cargueros o depósitos de cantos angulares extraídos de los socavones, planteamos que



Figura 9. Molino de pisones (Santa Rosa de Osos, Antioquia)

si los tres tuvieron dimensiones similares y si además alcanzaron cuando menos una longitud total, cercana a los 100 m cada uno, entonces el nivel o escala de explotación estaría, comparativamente en el contexto minero de la época, dentro del rango de las pequeñas explotaciones auríferas de veta. De hecho, la información referenciada en las fuentes primarias parece coincidir con esta estimación, puesto que las minas del altiplano de Santa Elena y Guarne, para finales del *xix*, se posicionaron por su productividad en el contexto regional en un lugar comparativamente bajo con respecto a los grandes centros mineros localizados en el suroeste, norte y el nordeste de Antioquia.⁸

En cuanto a las características sociales de los habitantes correspondientes a la ocupación republicana, la interpretación que proponemos indica que se trata de pequeños mineros acompañados por su familia, posiblemente provenientes de la ciudad de Medellín o quizá vecinos del altiplano, que habrían adquirido o juntado alguna fortuna suficiente para reaprovechar antiguos frentes mineros coloniales con las nuevas tecnologías introducidas en las primeras décadas del siglo *xix*. La magnitud del capital requerido —según lo que indica el contexto específico de este estudio— debía cubrir la readecuación de la estructura deteriorada de una antigua casa colonial y la dotación del entable de la mina junto con los requerimientos técnicos

8 González, 2001; Uribe Ángel, 1885.

novedosos (socavones, acequia, molino de pisones y operarios), de tal forma que se garantizara la explotación de las vetas de oro aún intactas en la zona. De hecho, en la información de archivo consultada encontramos un denuncia para una mina de veta “de antiguo descubrimiento” presentado por José María Alzate en el año 1865, cuya localización coincide perfectamente con la ubicación de El Molino.⁹ En ese mismo año José María Zapata, junto con otras dos personas, denuncia la explotación de oro de aluvión entre las quebradas El Rosario y El Molino.¹⁰ Es importante entonces que tengamos en cuenta que el predominio de la minería de veta en la segunda mitad del siglo XIX en la cuenca de la quebrada Piedras Blancas no excluye de ninguna forma la explotación simultánea de los aluviones de la cuenca, tal como queda claro en los denuncios de minas de aluvión registrados en el archivo. Por otro lado, vale la pena resaltar el hecho de que los apellidos Alzate y Zapata son, en la actualidad, ampliamente difundidos entre los habitantes de la cuenca de la quebrada El Rosario.

La información tomada de las fuentes documentales parece encajar bastante bien con algunos aspectos identificados en el análisis de los elementos de cultura material. De una parte, al lado de la presencia de materiales foráneos (loza, cristal y porcelana extranjera) como indicadores de prestigio, no deja de ser interesante el hecho de que aparezca una buena proporción de copias o imitaciones locales. El consumo mayoritario de imitaciones locales en la loza recuperada en el contexto nos brinda un elemento para dudar justificadamente del pretendido estatus que estos individuos promulgan a través de los referentes materiales que usaron. En efecto, la “jugada” de las copias parece poner en evidencia una cierta manipulación de los referentes simbólicos de estatus, con lo que, quizá, los propietarios de la mina buscaron aparentar una posición social más alta de la que realmente tuvieron. Esta situación sería perfectamente coherente si los dueños republicanos de la mina de veta de El Molino correspondieran a aquellas facciones sociales que en la ciudad o en el campo disponían de fortunas relativamente pequeñas y muy amenazadas, en proceso de consolidación, y dada su posición incierta trataban de ganar a toda costa el reconocimiento social a través de la manipulación de las apariencias. De manera coherente, la información de archivo indica que el entable minero estudiado pertenecía a una sociedad integrada por seis miembros, entre ellos José María Alzate, Rafael Moreno, Nazario Lalinde, José María Gómez, Francisco González y Brígido Gómez, quienes se reunieron para juntar sus pequeños capitales.¹¹

En este sentido, consideramos además que, para la ocupación republicana del contexto El Molino, el mensaje de estatus emitido a través de los diversos elementos de cultura material recuperados luce un tanto sobredimensionado. Para finales del siglo XIX, ante un trasfondo social local conformado por una población campesina

9 AHA. Minas de Antioquia. Tomo 1. Doc. 4976. Año 1865.

10 AHA. Minas de Antioquia. Tomo 1. Doc. 4967. Año 1865.

11 AHA. Minas de Antioquia. Tomo 73. Doc. 4967. Año 1865.

pobre, dedicada mayoritariamente a la agricultura de minifundios con casas en bahareque y techos en paja y que consecuentemente consume sus alimentos en platos de madera con cucharas de palo, contrasta de manera exagerada una vivienda con paredes en tapia, techo de teja, corredores empedrados, platos de loza, pocillos de porcelana, copas de cristal, cucharas de metal, puertas con cerraduras metálicas y muebles importados. Un testimonio etnográfico registrado indica con claridad cómo aún la población campesina de comienzos del siglo xx utilizaba para el servicio doméstico platos y cucharas de madera y enseres rústicos.

—Doña Angélica, y para servir la comida... ¿eran también los platicos en barro?

—No señor, de palo.

—¿De palo?

—De palo, señor, y cucharitas de palo. Yo todavía tengo una cucharita de palo... una cucharita, señor, de palo, pero eso duraba mucho porque...

—¿Pa' servir los frijolitos?

—Sí señor, no se usaba cucharón de aluminio, ni de nada, sino... sino todo ahí señor, era pobremente, ¡no le digo! Eso sí vivía muy bueno uno, porque la comida muy favorable y se sembraba, señor, mucho [...]

—Y, por ejemplo, en las casas de antes, ¿dónde se sentaba digamos la gente a comer o a conversar?

—¡Ah no, señor! En unas migajitas de corredor, cuando no había corredorcito, había que centralos, señor, a las camas, porque no se acostumbraba, señor, pa' qué le voy a hablar: ¡nadie acostumbraba donde los pobres comprar un sientico! Sino que todos eran sienticos, sienticos destos, cuando nos los daban los señores caritativos que aserraban madera. Entonces decían: “¡Ay! ¿ustedes no tienen sienticos?”, “¡Ay!, no señor, yo no tengo sienticos, y... ¿en qué se sientan? ¡ay!” Yo siento todos los muchachitos, yo a todos los riego en el suelo para que coman (Entrevista con doña María Angélica Saldarriaga Atehortúa, corregimiento Santa Elena, vereda Barroblanco, sector El Rosario; municipio de Medellín. En anexos digitales de Obregón et al., 2003).

Ante este trasfondo no nos parece descabellado pensar que, tal vez, esta saturación o barroquismo en la manipulación de los referentes simbólicos de estatus registrada en el contexto intervenido, más que revelar una proveniencia busque encubrirla o negarla, y tal vez por ello sea coherente con una posición social que en todo caso no corresponde al lugar y los modos de una elite plenamente consolidada que habita por ese entonces en el Valle del Aburrá.

Ocaso de la minería en Piedras Blancas

Las fuentes escritas y orales consultadas parecen indicar que las explotaciones de minas de veta y de aluvión en la cuenca de la quebrada El Rosario, en la última década del xix y comienzos del xx, sufrieron un rápido deterioro en su dinámica productiva. En efecto los documentos, y especialmente los testimonios orales que consultamos, configuran para las primeras décadas del siglo xx una escena rural que se extiende hasta el presente y que se define por el predominio de las actividades

agrícolas y por el aprovechamiento de relictos de bosques y rastrojos, en los que la presencia minera aparece ya como un rastro difuso, como una memoria borrosa de un pasado lejano. A finales del siglo XIX, Manuel Uribe Ángel en su *Geografía general y compendio histórico del estado de Antioquia en Colombia* (1885) nos cuenta que “Piedras Blancas es poco importante a causa de la esterilidad de sus terrenos y la pobreza de sus vecinos”, y agrega sobre el sitio de Mazo que allí se lleva a cabo la producción a mediana escala de una sal de mala calidad y que también se beneficia “uno que otro terreno de aluvión, para buscar oro, y no falta algún filón cuarífero que sirva de ganga al mismo metal” (Uribe Ángel, 1985: 137).

Tal vez los avatares políticos de finales del siglo XIX, con la sombra omnipresente de la guerra, los aumentos en los costos de producción y el agotamiento progresivo de los minerales, provocaron que los mineros de veta y aluvión de la cuenca de la quebrada El Rosario y, en general, de la quebrada Piedras Blancas, abandonaran las minas hacia las primeras dos décadas del siglo XX. En la actualidad es posible registrar retazos de memoria vinculados a la minería, conformados por recuerdos de socavones utilizados como escondites durante la guerra, por historias lejanas y borrosas de espantos y aquelarres, y por ruinas en tapia en las que los vecinos toman ocasionalmente algunos materiales de construcción. También persiste en la memoria el nombre de El Molino para las ruinas de este entable minero, que ninguno de los actuales habitantes de la zona conoció en pie.

Reconocimiento

Durante los dos años de investigaciones desarrolladas en la cuenca alta de la quebrada Piedras Blancas, además de los autores, han participado del equipo de trabajo los historiadores Óscar Tabares Palacio y Orián Jiménez Meneses, los geólogos Alejandro Salazar y Pedro Báez, el palinólogo Carlos Albeiro Monsalve y la delineante de arquitectura Valentina Fusca, además de algunos estudiantes de los cursos de métodos y técnicas arqueológicas del programa de antropología de la Universidad de Antioquia. A ellos dirigimos nuestro reconocimiento.

Bibliografía

Fuentes primarias

- Archivo Histórico de Antioquia (AHA). Fondos consultados: Minas, Minas de Antioquia, Solicitudes de Minas, Salinas, Escribanos de Medellín y Mortuorias.
- Archivo Histórico de Medellín (AHM). Tomos: 4, 6, 9, 41, 49, 60.
- Archivo Histórico Judicial de Medellín (AHJM). Caja 203. Documento 3917.
- Archivo General de la Nación (AGN). Sección Colonia. Fondos consultados: Minas de Antioquia y Tierras de Antioquia.

Fuentes secundarias

- Botero, Sofía y Vélez, Norberto (1997). "Piedras Blancas: transformación y construcción del espacio. Investigación arqueológica en la cuenca alta de la quebrada Piedras Blancas: informe de prospección". En: *Boletín de Antropología*. Universidad de Antioquia, Medellín, Vol. 11, No. 27, pp. 124-167.
- González, Fernando (2001). "La documentación histórica del territorio de Arví". En: *Plan Maestro Parque Regional Arví*. Tomo II. U. T. Fundación Natura-Holos Ltda., CORANTIOQUIA, Medellín.
- Guarín Ocampo, Gloria (1998). *Tenencia de la tierra en el Valle de Aburrá*. Tesis de grado, Departamento de Historia, Universidad de Antioquia. Inédito.
- Holos-Natura (2001). *Plan Maestro Parque Regional Arví*. Informe de investigación. CORANTIOQUIA, Medellín.
- Jaramillo Álzate, Antonio (1994). "Objetos y cultura en la villa de Medellín 1750-1800". En: *Revista Restauración Hoy*, No. 6/7, junio de 1994.
- _____ (1988). *Algunas lógicas de diferenciación social en la villa de Nuestra Señora de la Candelaria de Medellín 1750-1800*. Tesis de grado, Universidad Nacional de Colombia, Seccional Medellín.
- Jaramillo, Roberto Luis (2000). *Mercedes de tierras en el Valle de Aburrá*. Transcripción de manuscritos. CORANTIOQUIA, Medellín. Inédito.
- Jiménez, Orián (2004). *Actividades mineras y salineras en la cuenca de la quebrada Piedras Blancas entre los siglos XVII y XIX*. Medellín. Inédito. Anexo digital en: Obregón et al., 2004.
- _____ (2002). "Informe sobre fuentes documentales". En: *Transformaciones territoriales y procesos de poblamiento en el sistema de páramos y bosques altoandinos del noroccidente medio antioqueño. Reconocimiento y prospección arqueológica*. CORANTIOQUIA, Medellín. Inédito.
- Obregón, Mauricio; Cardona, Luis Carlos y Gómez Londoño, Liliana Isabel (2004). *Ocupación y cambio social en territorios del parque regional Arví. Contrato 5014*. CORANTIOQUIA, Medellín. Inédito.
- _____ (2003). *Vivienda, producción minera y elites entre los siglos XVII y XIX, en la cuenca alta de la quebrada El Rosario*. CORANTIOQUIA, Medellín. Inédito.
- Obregón, Mauricio; Gómez Londoño, Liliana Isabel y Henao, Mónica María (2004). *Reconocimiento arqueológico, Casa de la Contaduría, Santa Fe de Antioquia*. Medellín. Inédito.
- Rodríguez, Pablo (1992). *Cabildo y vivienda urbana en el Medellín colonial, 1675-1730*. Editorial Universidad de Antioquia, Medellín.
- Saldarriaga, Alberto y Fonseca, Lorenzo (1984). *Arquitectura Colombiana*. Cuadernos Prua 5, Editorial Prua Ltda. (sin ciudad).
- Therrien, Monika; Uprimny, Elena; Lobo Guerrero, Jimena; Salamanca, María Fernanda; Gaitán, Felipe y Fandiño, Marta (2002). *Catálogo de cerámica colonial y republicana de la Nueva Granada: producción local y materiales foráneos (Costa Caribe, Altiplano Cundiboyacense-Colombia)*. Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales FIAN, Banco de la República, Bogotá.
- Uribe Ángel, Manuel (1985) [1885]. *Geografía general del estado de Antioquia en Colombia*. Edición crítica por Roberto Luis Jaramillo. Gobernación de Antioquia, Serie Autores Antioqueños, Vol. 11, Medellín.